

# ular China en su XIII aniversario

## LA PUREZA DE LA NUEVA CHINA

PASEANDO POR PEKIN ...

Por FRANCISCO GAMBOA

Yo estaba desconcertado. Compréndanme: para quien no tiene costumbre de viajar, es una impresión fuerte encontrarse, de golpe, paseando por las calles de Pekin. Desfilan por nuestro lado millones y millones de personas con las cuales no tenemos posibilidad alguna de entendernos. Por lo menos, eso pensamos...

Y es algo increíble; a pesar de todo, nos entendemos. Logramos entendernos en el idioma fraternal de las sonrisas. Al parar en una esquina, un niño de siete años levantó la cabeza del suelo, donde estaba jugando, sonrió con infinita dulzura, susurró dos palabras y me dió la mano. El niño había dicho: "¡Amigo extranjero!"

Creí que era casualidad esa recepción, pero me equivoqué, porque aquel niño había actuado como actúa el pueblo entero. Así lo reciben a uno en todas partes; en las fábricas, escuelas, calles, por todos lados, envuelve al visitante el amor de un pueblo que sabe amar de verdad.

Por las calles de Pekin me fue entrando ese calor fraternal. Hablé del tema con otros visitantes, pues creí que me dejaba llevar por mis traidoras emociones. Pero estaba en lo cierto: por las calles de Pekin se nos fue hasta lo profundo del alma aquella sensación tremenda y casi desconocida, para quienes vivimos en el llamado "mundo libre".

### LAS HUERTAS EN LA CALLE

Y vi cosas formidables. Desde que viajamos del aeropuerto a la ciudad empecé a fijar mi atención en las hortalizas sembradas en todo espacio libre que dejaban las calles. ¡Qué cosa rara es ésta! Yo he visto en todas partes jardines fuera de las casas, pero nunca he visto tan increíble profusión de hortalizas. Entre la carretera y la cuneta, rábanos; entre la vereda y los edificios, en una imperceptible línea de tierra, lechugas o acelgas. ¡Qué descubrimiento! Y empiezo a recorrer las calles de Pekin con creciente curiosidad. Pero ¿qué es esta sinfonía de hortalizas? Porque, vamos, yo he visto huertas, yo he visto hectáreas de hortalizas, camiones de hortalizas, toneladas de hortalizas... ¡Pero nunca he visto unidad tan

Este es el primer capítulo de un reportaje que nunca se publicó, por haberse perdido su original parcialmente. Fue escrito hace dos años, al regresar el autor de la República Democrática Popular de China, donde estuvo como invitado a raíz de la visita de seis diputados costarricenses a ese país.

monolítica! ¡Todos siembran hortalizas! Y en los parques, pedazo de tierra que no tiene un clavel ¡tiene un rábano!

Desde mi ventana en el 49 piso de un gran hotel, he visto un nuevo parque sembrado de flores y lechugas. Vamos a ver ¿quién diablos siembra eso? Me mataba la curiosidad y un día no salí: me quedé escribiendo frente a la ventana. Montaba guardia para ver quién era aquel extraño sembrador. Frente al hostel había un hospital. Como a las cinco de la tarde vi salir varios hombres y mujeres con sus delantales blancos y sus gorros: los médicos y enfermeras eran aquellos misteriosos agricultores. Llevaban en la mano regaderas y azadas. Humedecieron el terreno y arreglaron las plantas durante media hora...

Y ¿creen ustedes que sólo en Pekin ocurre? Ni pensar. En la provincia de An Hui, sembraban girasoles. No había un pedazo de tierra libre en las calles. ¡Tremendos girasoles por todos lados! Planta oleaginosa de gran utilidad y muy fácil de cultivar. Por todas partes igual.

¡Producir, producir, producir! ¡Trabajar, trabajar, trabajar! Seiscientos cincuenta millones de chinos están de acuerdo y marchan impertérritos hacia adelante. Aumentar la producción, batir un "récord" todos los días, hacer lo que hacen los demás pueblos y también lo que no pueden hacer.

¡Más lechugas, más girasoles, más hierro, más tractores; un paso al frente cada minuto, cada hora, cada día!

Y desfilan por entre dos hileras de hortalizas, diez millones de pekineses apresurados; van en bicicleta, a pie, en triciclo; llevan a la espalda un saco de patatas o un madero, son centenaes, miles, millones rápidos y sonrientes.

Pekin es el paraíso de las bicicletas. Yo nunca he visto más bicicletas. Me llevaron a una fábrica que produce dos mil al día. Hay diez, veinte, cien fábricas, ¿qué sé yo! En China hay que producir millones de bicicletas, porque to-

do el mundo anda en bicicleta. No hay muchos automóviles. Primero hay que fabricar camiones y tractores. Pero ¿bicicletas? ¡Millones!

### EL MUNDO DE LAS SONRISAS

Tengo picada la curiosidad. ¿Cómo es posible que toda la gente sonría con tanta facilidad? Me quedo mirando la cara de un obrero que se encuentra metido hasta la cintura en un hueco lleno de barro, y él me saluda sonriente: "¡Ni hau!" (¿Qué tal?) Cuando el coche para en las esquinas, miro a la muchedumbre, y varios me sonríen y hasta me señalan: "Un amigo extranjero". Camino por entre la gente, le doy a uno la mano, acaricio a un niño, alzo en los brazos a otro, ¡y todos sonríen y son buenos!

Durante cuarenta días de visita no vi a dos chinos pelear; siempre sonreían y saludaban. Casi quince días estuve en Pekin y sus alrededores, fui de compras a las tiendas, estuve muchas veces en los teatros, en las fábricas, museos, escuelas y calles. Por todas partes una muchedumbre vestida con sencillez, que corre apresurada a cumplir sus tareas sin hacer problemas. Casi no hay policía. En las esquinas hay la de tránsito, pero la mayoría son mujeres. A pesar de la aglomeración, no hay dificultades. ¡Y qué aglomeración!

Fui con el intérprete a diversos centros de recreo para el pueblo. En un parque queríamos ver la ópera, diversión favorita de la gente, pero no teníamos boletos. Olvidó el intérprete comprarlos. Pero la muchacha que cuidaba en la puerta dijo: "Para el amigo extranjero es gratis". El amigo extranjero, naturalmente no se hizo de rogar. Y todos aprobaron sonriendo.

En el mundo occidental algunas gentes dicen: "¡Claro, atención oficial!" ¡Majaderos! Quisiera yo verlos allá para que me dijeran cómo puede lograr un gobierno, artificial-

mente, un clima de sonrisas fraternales que provienen de seis cientos cincuenta millones de seres humanos ávidos de paz y amistad.

La propaganda del imperialismo desesperado dice a nuestros pueblos que a los visitantes nos hicieron por allá un "lavado cerebral". ¡Necios! Si para lavar el cerebro el tratamiento es de amor y de verdades, confieso que me lo hicieron completo.

Yo nunca he podido resistir el encanto de las sonrisas ingenuas de los niños y la inocencia y el candor como características nacionales que fui a encontrar en la República Democrática Popular de China.

### LOS NIÑOS FELICES

Al pasar por un parque me detienen los niños de una guardería infantil:

"¡Este tío nos quiere hacer una foto!" Yo les tomo una foto y ellos aplauden riéndose a más no poder, luego unas maestras diminutas se los llevan.

¿En qué reside el extraordinario encanto de los niños de China? Ya me lo habían dicho, pero no creí que fueran a tal extremo conmovedores. Son los chicos más lindos que he visto. Andan todos con zapatos. Por lo menos no vi nunca, ni en la ciudad ni en el campo, un solo niño descalzo. Puede ser que los haya, pero yo no los vi! ¡Y cuán felices los vi siempre! Pasan en largas filas por las calles cantando a voz en cuello una canción que dice: "¡Si un imperialista asoma la cabeza, dale un buen golpe!" Y si alguien los saluda con la mano, gritan a coro: "¡Qué tal, querido tío, qué tal!"

En decenas de guarderías que visité, en Pekin y en otras partes, cantaban y jugaban felices, siempre felices. Y yo pensaba en los niños de mi patria, de Latinoamérica, que duermen en las calles, acurrucados en los portales, hambrientos, espantados. Niños de nuestra patria grande que nacieron para llorar y morir jóvenes. Niños que piden limosna, roban y dan de pedradas a la policía.

No son niños malos. Solamente son pobres.

Fui feliz como nunca viendo el rostro bello y alegre de los pequeños chinitos, y fui desgraciado recordando a los niños de mi generación que crecieron con hambre... Y a los de las actuales generaciones, para quienes la vida es más du-

(Pasa a la Pág 12)